#### **EN LA CUERDA FLOJA**

## «¡Jopestes!»

Paco Sánchez na de las más grandes glorias que puede alcanzar el artista consiste en que la gente repita sus palabras atribuyéndolas al saber común:

es decir, precedidas de un «como decía aquel» o pronunciadas
con la naturalidad de lo compartido. Me gustaría saber qué sentía Forges cuando escuchaba decir «bocata», «segurata», «tropecientos» o cualquiera de las
muchísimas palabras que llegó
a inventarse a lo largo de su carrera y que hicieron fortuna en
la lengua de la gente.

Le conocí una tarde de julio, en una librería en la que ayudaba los veranos. Me llegaron, desde detrás de un expositor de novedades, unas carcajadas sonoras, incontroladas y escandalosas que se estiraban por los minutos. Me acerqué y era un hombre de unos cuarenta años, alto, con un libro blanco abierto en la mano. En la portada se veía un bocadillo de viñeta, gigantesco y de trazo grueso, que contenía un número dos. Cuando el hombre por fin se fue, cogí el libro: el Forges número 2. Empecé a leerlo y a reírme.

No era solo que tuviera gracia: el título de esta columna procede de una viñeta en la que el personaje, no recuerdo por qué, terminaba con un «lJopestes, día chorra!». Y la expresión se me quedó para siempre. Además de humor. había allí algo nuevo, una frescura desconocida, muy agradable, que envolvía en velos de compasión la crítica más feroz. Entre mis amigos se recuerda mucho la del psiquiatra que, preguntado por la mujer del paciente sobre si debería cambiarle la medicación, contesta que hay que cambiarle de... periódico. O el del Blasillo que le dice al otro: «Cualquier día de estos me lío la manta a la cabeza y me compro un libro». Leídos hoy, mantienen su intención. Como los clásicos.

@pacosanchez

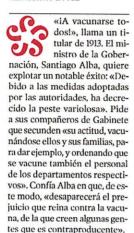
Hemeroteca Viernes, 26 de septiembre de 1913

# «¡A vacunarse todos!»

Desde que Jenner y Pasteur administrasen los primeros antígenos, las campañas de inmunización han tenido que combatir a menudo reticencias vanas e inexplicables

Á.M. CASTIÑEIRA

REDACCIÓN / LA VOZ



Ha pasado ya un siglo, en el que la inmunización ha sido más efectiva contra los patógenos que contra algunas mentes. Se ha visto esta semana en A Coruña, la misma ciudad desde la que en 1803 partió la expedición Balmis a repartir por el mundo hispano la vacuna de la viruela.

La seudociencia se empecina en buscarle los tres pies a la vacuna y regalar alternativas. Es querella vieja. Noticia de 1887: «El gobernador de Málaga ha encontrado [...] una planta [...] que tiene la propiedad de curar la rabia». Lleva apostilla: «Entonces el Instituto Pasteur de París está en crisis y acaso se consiga que acabe la hidrofobia universal. Cantando malagueñas»...

La viruela y la rabia, para las que Edward Jenner y Louis Pasteur, respectivamente, hallaron los primeros medios de prevención, eran por entonces un azote. Notas como las que siguen no



Análisis de muestras en el laboratorio de un dispensario (1907).

se contaban por docenas, sino por cientos. «En Cedeira continúa sin aminorar la intensidad de la peste variolosa. El alcalde de aquel término comunicó al gobernador que ha fallecido allí. de viruela, la niña Encarnación Fernández Pérez [...]. También en Sobrado, Oroso, Boimorto y Corcubión hay apestados», «Se enviaron ayer 184 tubos de linfa vacuna a los ayuntamientos de Vedra, Neda, San Saturnino, Cedeira, Enfesta, Rois, Valdoviño, Capela, Cerdido, Rianjo, Carral, Mugía, Oleiros, Camariñas, Carballo, Finisterre, Corcubión y Laracha para que se proceda a la vacunación de los vecinos».

### De las ubres de la vaca

Además de los tubos, existía la posibilidad de «inmunizarse directamente de la ternera», explicaban anuncios de institutos como el que dirigía el doctor Pérez Costales. De la ubre de la vaca provenían los antígenos que Jenner había descubierto a finales del siglo XVIII (y del propio

animal, el nombre del remedio). De modo que los centros de vacunación criaban reses para tenerlos disponibles.

Por otro camino llegó Pasteur a la antirrábica, en 1885, apenas un año antes de que en Ferrol «un perro hidrófobo» atacase a varios vecinos. Se trataba de algo que ocurría casi a diario, pero este caso era especial. «Aún hay tiempo para que el Ayuntamiento [...] subvencione a los heridos para que vavan a París e ingresen en el Instituto Pasteur. Que es lo que viene haciéndose en todos los pueblos cultos de Europa». Y así sucedió. «Dos ancianos» contagiados viajaron a Francia, desde donde pasadas unas semanas se recibió comunicación: «Encuéntranse en un estado satisfactorio de salud».

No tardó en abrir en Pontevedra el Instituto Provincial de Vacunación Antirrábica. Este es un balance de la institución, recogido por el periódico: «En el segundo semestre del año próximo pasado han sido sometidas al tratamiento [...] 42 personas mordidas por perros hidrófobos, y una por un gato. De ellas, 26 pertenecen a aquella provincia, dos a la de La Coruña, cinco a la de Lugo y nueve a la de Orense, considerándose todas curadas».

## «Obligatoria para todos» El médico compostelano José

García Ramos denunciaba en 1910 el caso de una mujer natural de Mesía a la que le habían negado en A Coruña la cartilla de vacunación de la viruela «a pretexto de que no era vecina de este ayuntamiento». «¿Qué objeto se persigue al facilitar gratuitamente este tratamiento profiláctico?», se preguntaba. «Sin duda alguna, evitar que estalle la epidemia variolosa», que «será inevitable si se ponen reparos a facilitar la papeleta». Decía García Ramos que era de sentido común inmunizar a toda persona que lo reclamase, fuese «nacional o extranjera, mora o china». «Es más, la vacunación y revacunación debiera ser obligatoria para todos los habitantes».

A finales de los cincuenta se puso en marcha una campaña mundial para acabar con la viruela. La idea no partió de un laboratorio farmacéutico, sino de la Unión Soviética. Hubo que esperar tres decenios para que la OMS pudiese declarar, por primera vez en la historia, que una enfermedad había sido «erradicada de la tierra». «El suceso es extraordinario», celebraba en La Voz el pediatra José Peña Guitián, que recordaba que este mal «fue un verdadero azote de la humanidad» y que su extinción se había logrado con «la utilización masiva de la vacunación». No cantando malagueñas.



GRACIAS A todos puestros socios.

Por su generosa colaboración con la que podemos apoyar al Museo a través de donación de obras de arte y otras acciones.

Tú también puedes colaborar y disfrutar de las ventajas de ser socio www.amigosmuseoreinasofia.org c/ Santa Isabel, 52 • 28012 • Tel.: 915 304 287 asociación@amigosmuseoreinasofia.org